

La vía chilena al socialismo 50 años después

Tomo I. Historia

**Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos
y Viviana Canibilo Ramírez**
(compilación)

OCHOLIBROS



CLACSO

Austin Henry, Robert. *La vía chilena al socialismo: 50 años después* / Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; compilado por Austin Henry, Robert; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-769-7

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Salém Vasconcelos, Joana. II. Canibilo Ramírez, Viviana. III. Título.

CDD 983

La vía chilena al socialismo: 50 años después Vol. I / Kemy Oyarzún V. ... [et al.]; compilado por Robert Austin Henry; Joana Salém Vasconcelos; Viviana Canibilo Ramírez; prefacio de Faride Zerán; Marcelo Arredondo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-722-770-3

1. Historia. 2. Historia de Chile. I. Oyarzún V., Kemy. II. Austin Henry, Robert, comp. III. Salém Vasconcelos, Joana, comp. IV. Canibilo Ramírez, Viviana, comp. V. Zerán, Faride, pref. VI. Arredondo, Marcelo, pref.

CDD 983



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

La vía chilena al socialismo. 50 años después. Tomo I: Historia (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2020).

Obra general ISBN 978-987-722-769-7

Tomo I ISBN 978-987-722-770-3

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Prefacio. Otra vez el pueblo 11
Faride Zerán

Yo no voy a renunciar 15
Marcelo Arredondo

Agradecimientos 17
Los compiladores

La vía chilena al socialismo. 50 años después..... 19
Robert Austin Henry, Joana Salém Vasconcelos y Viviana Canibilo Ramírez

Cultura y feminismos

Unidad Popular: genealogías feministas interseccionales 31
Kemy Oyarzún V.

Educación y democratización en tiempos de crisis.
Alcances contemporáneos de la experiencia de la Unidad Popular 63
Leonora Reyes-Jedlicki, Luis Osandón-Millavil
y Fabián Cabaluz-Ducasse

Producción literaria y editorial durante la Unidad Popular 91
Matías Ayala Munita

Tesis sobre educación y cultura del proceso popular chileno (1970-1973)..... 109
Taeli Gómez Francisco y Juan Rubio González

Mujeres en la Unidad Popular: caminos de liberación127
Sandra Palestro Contreras

Lucha popular y derechos

Los trabajadores y el sentido del socialismo en democracia.....145
Márcia Cury

Voz del “poder popular”, voz del aparato estatal.
Dialéctica sociopolítica y tiempos rotos de la “vía chilena
al socialismo” (1970-1973)..... 161
Franck Gaudichaud

La Historia es nuestra y la hacen los Pueblos179
Ximena de la Barra

Imperialismo y desarrollo del sistema sanitario chileno desde la UP.
Intervencionismo de Estados Unidos en América Latina:
apuntes para su comprensión201
Felipe Rodríguez Ulloa y Catalina Ganga-León

“¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!”
La Unidad Popular y el protagonismo de los trabajadores221
Sandra Castillo Soto

Poder y partidos

Movimiento de Izquierda Revolucionaria y su lectura sobre la
Unidad Popular después del golpe de Estado de 1973241
María Olga Ruiz

El Grupo de Amigos Personales..... 263
Patricio Quiroga Z.

Luchas sociales y alianzas políticas.
Actualidad de la epopeya de la Unidad Popular..... 283
Carlos Ruiz Encina

Diálogos de Fidel Castro y Regis Debray con la vía chilena al socialismo. Legitimidad revolucionaria para el proyecto de la Unidad Popular301
Manuel Fernández Gaete y Roberto Ávila Carrera

La “Vía Chilena al Socialismo”. El largo recorrido desde el Frente de Acción Popular a la Unidad Popular 319
Isabel Torres Dujisin

Economía y reforma agraria

Revolución rural y protagonismo campesino (Chile, 1967-1973)339
Eugenia Palieraki

Economía y correlación de fuerzas en el gobierno de Allende 1970-1973..... 361
Orlando Caputo y Graciela Galarce

El campesinado y la política agraria de la Unidad Popular (1970-1973).
Las políticas agrarias en los años 1960 y 1970 397
Jacques Chonchol

La “vía marítima” al socialismo. El transporte marítimo de comercio exterior como límite geoeconómico de la Unidad Popular en el sistema-mundo capitalista, 1970-1973 415
Luis Garrido Soto

Revolución chilena y batalla de la producción agraria.
Sabotajes patronales y estímulos al trabajo campesino..... 439
Joana Salém Vasconcelos

Luchas indígenas y territorio

¿Revolución campesina o levantamiento mapuche?
Tensiones en La Araucanía durante la revolución socialista 1970-1973 469
Fernando Pairican, Marie Juliette Urrutia y Claudio Alvarado Lincopi

Movimiento Campesino Revolucionario. Luchas mapuche,
política de clase y 'proyecto socialista' durante el gobierno
de la Unidad Popular (Cautín, 1970-1971) 495
Jaime Navarrete Vergara

De corridas de cerco al control territorial. Panorámica de la
resistencia mapuche durante tres décadas, del Movimiento Campesino
Revolucionario a la Coordinadora Arauko-Malleko (1970-2002)..... 521
Filip Escudero Quiroz-Aminao y Paula Malhue Torres

Cambio generacional mapuche y Unidad Popular539
José Luis Cabrera Llancaqueo y Pedro Canales Tapia

Pueblo mapuche: entre la Unidad Popular y los primeros
años de la dictadura cívico-militar (1969-1978)..... 561
Sergio Caniuqueo Huircapan

Imperialismo y contrarrevolución

Las derechas en la calle: el boicot a la "Vía chilena al socialismo" 601
Aníbal Pérez Contreras

El rol de Estados Unidos en el derrocamiento del presidente Allende,
según el Informe Church.....619
Luis Corvalán Márquez

Chile, 1970-2020: revolución, golpe, dictadura y... ¿revolución?635
Xabier Arrizabalo Montoro

Estados Unidos, Escuela de las Américas y la cuestión militar en Chile... 667
Pablo Ruiz y Robert Austin H.

Sobre los autores, las autoras y compiladores..... 697

Chile, 1970-2020: revolución, golpe, dictadura y... ¿revolución?

Xabier Arrizabalo Montoro

*“Ustedes que ya escucharon la historia que se contó,
no sigan allí sentados pensando que ya pasó,
no basta solo el recuerdo, el canto no bastará,
no basta solo el lamento, miremos la realidad
(...)”*

*Tenemos razones puras, tenemos por qué pelear
Tenemos las manos duras, tenemos con qué ganar”.*

Luis Advis, Cantata de Santa María de Iquique, 1969.

El período de gobierno de la Unidad Popular (UP), que se inicia el 3 de noviembre de 1970, acaba de forma trágica con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. La decantación por el golpe por parte de las clases dominantes en Chile, bajo la tutela del imperialismo estadounidense, tenía como objetivo liquidar el proceso político en curso. Un proceso de tal intensificación de la lucha de clases que deviene revolucionario, como se expresa por ejemplo en la conformación de los cordones industriales y su coordinación, embrión de un poder no

burgués, de un poder obrero y popular. Es decir, un proceso que amenazaba de forma directa sus privilegios.

Más allá de esto, las clases dominantes tenían un plan de fondo, para el que desde el año 1955, se habían ido formando cuadros de la Universidad Católica de Chile en la Universidad de Chicago (en el terreno militar, específicamente represivo, el imperialismo estadounidense había formado a los militares chilenos en la siniestra Escuela de las Américas, en concreto en técnicas de tortura, etc.). Este plan es muy sencillo de resumir, considerando la crisis latente que ya enfrenta el proceso de acumulación capitalista, a escala mundial, desde finales de la década de 1960, que se concreta en la declaración de inconvertibilidad dólar-oro pronunciada por Nixon el 15 de agosto de 1971 y que estalla apenas unas pocas semanas después del golpe, en octubre de 1973, con la abrupta subida del precio del petróleo. El plan consiste en eliminar todos los obstáculos para disparar el grado de explotación laboral, directa e indirectamente, así como para saquear los recursos naturales del país.

Sin embargo, que las clases dominantes en Chile se decanten por el golpe no implica la garantía de su triunfo. Por consiguiente, hay una pregunta elemental que, sin embargo, no suele estar en el centro de la discusión: ¿por qué triunfó el golpe? La existencia de un proceso revolucionario en curso encamina la respuesta: obviamente el golpe triunfó porque no triunfó la revolución. Pero, entonces, ¿por qué no triunfó la Revolución chilena?

En el presente texto se aborda de manera sintética esta cuestión, con el objetivo de aportar elementos para la comprensión de la secuencia completa que atraviesa el último medio siglo de la historia de Chile. De cara, a su vez, a extraer todas las enseñanzas posibles para la situación actual, caracterizada por una profunda explosión social que se extiende ya por un año, pese a la brutal represión del régimen heredero de la dictadura, pese a las limitaciones impuestas por la pandemia y su gestión, pese a todo. Para ello, en primer lugar, se documenta la efectiva existencia de un proceso revolucionario, especialmente en los años 1972 y 1973, en respuesta directa de la clase

trabajadora y los sectores populares a las limitaciones infranqueables que va revelando la vía institucional y la brutal respuesta de las clases dominantes, incluso a los avances sociales más elementales. En segundo lugar, se analizan los factores que actúan en favor de ella, así como también sus obstáculos, tanto en términos de aquellos elementos que existen y la bloquean como aquellos otros que, por su ausencia, ocuparán un lugar importante en la derrota. Como siempre en el análisis social, el elemento determinante es la actuación de los sujetos en conflicto, esto es, la expresión política de las clases enfrentadas. En concreto, el punto de partida del texto es la acción política de la clase trabajadora chilena luchando por sus aspiraciones.

No es una caracterización muy extendida la de “Revolución chilena” para referirse a los acontecimientos acaecidos durante el período 1970-1973, sobre todo en su parte final. No es extraño, considerando que la historia la escriben los vencedores o, en su caso, los derrotados que quieren ocultar su responsabilidad en la derrota. Sin embargo, lo que importan son los hechos. ¿Había una revolución en Chile entonces? Para verificarlo, hay dos elementos teóricos a considerar.

En primer lugar, que una revolución no es solamente el hecho insurreccional, por importante que resulte: ni la Revolución Francesa es el 14 de julio de 1789, ni la Revolución Rusa triunfante es el 7 de noviembre de 1917 (25 de octubre por el viejo calendario juliano que regía en Rusia), sin menosprecio de la relevancia de las tomas de la Bastilla y del Palacio de Invierno. Una revolución es un proceso más amplio, que no puede ser encerrado en el tiempo y en el espacio, dada la continuidad de los procesos sociales y dado el contenido mundial de la acumulación capitalista. Y por tanto de la lucha de clases que preside todo, aunque presente formas nacionales, tal y como Marx y Engels explican en 1848 en el *Manifiesto del Partido Comunista*: “por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía empieza por ser una lucha nacional” (Marx y Engels, 1848, p. 289). Por eso, ellos mismos hablan expresamente de “revolución permanente” ya desde mediados del siglo XIX, en *La sagrada familia* (1845).

En segundo lugar, ¿qué se debe entender por revolución? Por su contenido cuestionador del orden vigente, por parte de las clases dominadas, entendemos por revolución la plena irrupción en la vida pública de las masas sometidas para tomar las riendas de su vida de forma directa, avanzando en la constitución de órganos de poder propios; de modo que se apunte, al menos, una perspectiva transitoria de doble poder (aunque su decantación esté por resolverse, su mera presencia ya denota la efectiva existencia de un proceso revolucionario en curso).

En relación con el primer aspecto (la imposibilidad de acotar una revolución espaciotemporalmente, desligándola de lo que supone la noción marxista de revolución permanente), el proceso chileno forma parte de una tendencia a escala mundial que ya se ha ido verificando, especialmente a lo largo de la década de 1960, y que en América Latina toma cuerpo con el triunfo revolucionario cubano en 1959, aunque no solo. En términos históricos, todos los acontecimientos efectivamente revolucionarios acaecidos en Chile, sobre todo en 1972 y 1973, solo pueden comprenderse como la culminación de un enorme ascenso de la lucha de clases durante la década previa, ligado a su vez a una larga y profunda tradición organizativa de la clase obrera chilena y otros sectores de la población trabajadora como el pequeño campesinado y los pueblos originarios, entre otros. Una tradición que incluye desde la existencia de ilustrados y utopistas como la Sociedad de la Igualdad de Santiago Arcos y Francisco Bilbao o las tentativas de falansterios de Ramón Picarte, hasta la conformación de grandes partidos de masas, que culminan en el Partido Comunista (PC) y el Partido Socialista (PS), junto con otras organizaciones como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Y pasando por la gran central sindical que acaba siendo la Central Única de Trabajadores (CUT) creada en 1953. Con figuras tan emblemáticas, incluso internacionalmente, como las de Clotario Blest o, especialmente, Luis Emilio Recabarren.

Intensificación de la lucha de clases, triunfo de la UP y primeros pasos en la vía institucional

Ahora toca detenerse en el segundo aspecto, el que define de forma directa el carácter revolucionario de un proceso, en este caso el chileno. Para ello, presentamos su recorrido partiendo del 4 de septiembre de 1970, fecha de las elecciones presidenciales que gana la candidatura de la UP encabezada por Salvador Allende, pero enfatizando precisamente que esa fecha culmina una fase que viene de lejos y, a su vez, abre una nueva. ¿Qué significa el resultado de estas elecciones? Nueve años antes, en agosto de 1961, el presidente estadounidense John F. Kennedy promueve la Alianza para el Progreso en la Conferencia de Punta del Este, Uruguay: se trata de la respuesta del imperialismo a la explosividad social que amenaza su dominación, como se ha plasmado en Cuba con el triunfo de la Revolución en 1959. El contenido declarado de esta alianza es aportar fondos para el despliegue de políticas sociales que alivien esa explosividad.

En Chile, el programa de la candidatura presidencial de la Democracia Cristiana (DC) en 1964, liderada por Eduardo Frei Montalva, encarna perfectamente esta orientación. Asimismo, su trayectoria posterior muestra sus límites infranqueables: las políticas reformistas no se concretan en reformas sustantivas y, de hecho, lo poco que se hace resulta completamente estéril para desactivar la mencionada explosividad. Más bien lo contrario: revelando los límites del reformismo –sin apenas reformas– estas políticas ponen de manifiesto que la solución a los padecimientos de la gran mayoría pasa por una perspectiva de ruptura.

La prueba más concluyente de todo esto fue el resultado electoral de 1970. El triunfo de Allende expresaba la magnitud del proceso de movilización en curso, puesto que va a permitir la proclamación de un gobierno que declara expresamente el objetivo del socialismo: “las fuerzas populares unidas buscan como objeto central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el

poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo” (Programa de Gobierno de la Unidad Popular, 17 de diciembre de 1969). Pero esta proclamación presidencial se hace al precio de un acuerdo constitucional de garantías con la DC, por el que esta, expresando los intereses de las clases dominantes, pretende encorsetar al nuevo gobierno de cara a que sus políticas queden estrictamente contenidas dentro de los límites del orden burgués. Y, por tanto, subordinando el programa de la UP a dicho orden. El conflicto está servido, por consiguiente, entre los intereses de la mayoría y esos límites tan estrechos. Es la llamada “Vía Chilena al Socialismo”.

Durante el primer tiempo del gobierno, la política de estímulo económico rindió frutos y el producto aumentó un 9% en 1971, con la incorporación de 200.000 trabajadores más. En paralelo, hay una serie de medidas en campos como la salud o la enseñanza, que palián efectivamente las consecuencias de la desigualdad crónica de la sociedad chilena. También se avanza en la reforma agraria, apenas iniciada previamente, y el colofón a todo esto es la nacionalización del cobre aprobada en julio de 1971.

El balance de la primera fase del gobierno de la UP deja ver con nitidez cuatro hechos. En primer lugar, que inicialmente había margen para medidas de progreso social sin que todavía se afectaran de forma frontal los intereses de las clases dominantes. En particular, a través de la movilización de la capacidad instalada ociosa, es decir, infraestructuras productivas ya instaladas pero que no están en funcionamiento. En segundo lugar, la otra cara de ese margen: existía, sí, pero tenía límites estrictos. En términos económicos se trataba de lo que coloquialmente puede formularse como “dar de comer a las masas” y, simultáneamente, “poner los medios para que coman cada vez más y mejor”. Es decir, aumentar el consumo de las masas sin desatender el proceso de acumulación. La única vía acaba siendo, más pronto que tarde, limitar el consumo de los sectores privilegiados y una intervención directa del Estado en la actividad productiva, mediante las expropiaciones. En tercer lugar, que las clases dominantes

no solo no iban a permanecer de brazos cruzados, sino que se verificaría, cada vez más, la amenaza de Nixon pronunciada en la reunión del 15 de septiembre de 1970 con Kissinger, entonces consejero de Seguridad Nacional, y Helms, director de la CIA, de “hacer aullar de dolor a la economía chilena” (Kornbluh, 2008). Conviene precisar que se refería, en realidad, a hacer aullar de dolor a la mayoría de la población chilena, dado que las clases dominantes harán de la guerra económica contra ella un medio de negocio económico (mediante el acaparamiento, la especulación, el contrabando y el estraperlo, etc.) y también de negocio político (intentar debilitar el apoyo popular al gobierno). En todo momento el imperialismo estadounidense tutela la acción de la burguesía y la oligarquía chilenas. Antes de la asunción presidencial de Allende ya consideró un posible golpe a través del Comité 40. Era la posición de Kissinger, quien afirmaba: “no veo por qué tenemos que mantenernos al margen y observar a un país convertirse en comunista debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo”. Durante toda su presidencia hubo hostigamiento, incluso promoviendo algunos intentos de golpe, teledirigiendo no solo a las Fuerzas Armadas, sino también a otras organizaciones como la paramilitar Patria y Libertad (Kornbluh, s.f.; Church, 1975).

El cuarto hecho es la voluntad inequívoca de la clase trabajadora para luchar por sus legítimas aspiraciones. Las movilizaciones no solo no cejan en todo el período sino que, al contrario y más allá de vaivenes de corto plazo, se mantendrán y extenderán hasta el final; además, también utilizan la palanca electoral, pese a sus limitaciones, de modo que el apoyo a la UP en las distintas convocatorias posteriores a la presidencial de 1970 se mantiene muy por encima del obtenido entonces (en las elecciones municipales de abril de 1971 la UP obtiene el 49% y en las legislativas de marzo de 1973, pese a la situación tan complicada, el 43%). Respecto a la lucha electoral, la clase trabajadora tenía conciencia acerca de las posibilidades que aportaba desde hacía mucho tiempo:

con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecían nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones (Engels, 1895).

Dicho de otro modo, el balance de esta primera fase revela ya los límites de la vía institucional. Porque se topa frontalmente con que la lucha de clases no solo no se contiene, sino que, al contrario, se agudiza más. Nadie está satisfecho: las clases dominantes indignadas por lo poco perdido y, sobre todo, atemorizadas por poder perder más e incluso todo. La clase trabajadora y los sectores populares exigiendo que el gobierno cumpla las medidas de su programa, que satisfaga efectivamente el mandato recibido en las urnas y en las calles, las fábricas, los centros de trabajo y estudio, las poblaciones.

Antes de proseguir corresponde efectuar una precisión importante. Lograr el gobierno no es en modo alguno lograr el poder, ni controlar el Estado. El Estado burgués es mucho más que el gobierno: “el poder del Estado moderno no es más que el comité encargado de administrar los negocios comunes de toda la clase burguesa” (Marx y Engels, 1848, p. 282). Es decir, es la principal expresión institucional de la superestructura de la sociedad capitalista, expresando por tanto las relaciones de poder, de dominación, de este tipo de sociedad. En consecuencia, es ilusoria la pretensión de que dentro de dicho Estado se puede consolidar una gestión política que cuestione los intereses de las clases dominantes. Que el golpe de Estado se ejecute desde órganos del Estado verifica ese carácter ilusorio referido. Sin dudas, el hecho de que la chilena sea una formación social dependiente, subordinada, dominada por el imperialismo, tiene implicaciones profundas al respecto, las cuales se revelan precisamente en esa tutela por parte del imperialismo estadounidense, como ya se ha señalado.

Límites de la vía institucional, respuesta de las clases dominantes y ascenso revolucionario

Ante este estado de cosas los acontecimientos se suceden. Se recrudecen los ataques de la burguesía y la oligarquía, siempre bajo la tutela del imperialismo estadounidense y con el apoyo de las instituciones del Estado. Promueven el boicoteo sistemático de las actividades económicas, añadiendo a las mencionadas prácticas de acaparamiento, otras acciones como los cierres patronales como el de los camioneros de octubre de 1972. Buscan también, abiertamente, el amedrentamiento de la clase trabajadora, con organizaciones paramilitares incluso, como Patria y Libertad.

El resultado de esta orientación de las clases dominantes logra dañar seriamente las bases económicas. En particular, provoca que se dispare la inflación, lo que supone, entre otras cosas, un deterioro de la capacidad de consumo de las masas. Hay que tener presente en todo momento que en Chile rige plenamente la ley que regula la acumulación capitalista, la ley del valor, ante lo que los contrapesos que finalmente le pone el gobierno son muy limitados (nada que ver, claro, con situaciones como la soviética, por ejemplo, donde se había establecido el monopolio estatal del comercio exterior, además del carácter obrero del Estado como resultado de la expropiación del capital y el latifundio).

De hecho, el gobierno de la UP renunció a desplegar lo que sí habría podido ser un contrapeso importante: la llamada Área de Propiedad Social (APS) que el programa de la UP definía por oposición al Área de Propiedad Privada, que eran los “sectores... en que permanece vigente la propiedad privada de los medios de producción” (Programa de gobierno de la Unidad Popular, 1969). Proponía también el Área de Propiedad Mixta, integrada por las “empresas que combinen los capitales del Estado a los particulares” (ibidem). La APS se formulaba así: “el proceso de transformación de nuestra economía se inicia con una política destinada a constituir un área estatal dominante,

formada por las empresas que actualmente posee el Estado más las empresas que se expropian” (ibídem). En concreto estaría integrada por:

la gran minería del cobre, salitre, yodo, hierro y carbón mineral; el sistema financiero del país, en especial la banca privada y seguros; el comercio exterior; las grandes empresas y monopolios de distribución; los monopolios industriales estratégicos. En general, aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país, tales como la producción y distribución de energía eléctrica; el transporte ferroviario, aéreo y marítimo; las comunicaciones; la producción, refinación y distribución del petróleo y sus derivados, incluido el gas licuado; la siderurgia, el cemento, la petroquímica y química pesada, la celulosa, el papel (ibídem).

En un primer momento se listaron 91 empresas para integrar la APS. Pero mientras se procedía o no a llevarlo a cabo, los trabajadores emprendieron numerosas expropiaciones e intervenciones. Antes del paro patronal de octubre de 1972 ya había 167 empresas intervenidas y en diciembre, 202. Pero el gobierno, que no había promovido esta política, ordena su devolución a los antiguos dueños. Incluso en enero de 1973 lanza el Plan Prats-Millas (del Comandante en Jefe del Ejército y el dirigente del PC recién nombrado Ministro de Economía) con el que se pretende reducir el número a 49. Sin embargo, la APS llegó a incluir 235 empresas industriales y 350 en total.

Esta política regresiva se había acelerado tras el cónclave de la UP en Lo Curro, en junio de 1972, que significa un punto de inflexión decisivo por la forma en que se resuelve el enfrentamiento de las dos posiciones antagónicas que se plantean. Una estaba ligada a ciertos sectores del PS, entre otros, y se identificaba en especial con la figura del ministro de Economía hasta entonces, Pedro Vuskovic. Apostaba por avanzar en la formación del APS, aumentar la carga tributaria a la burguesía, intensificar la política de control de precios, promover el control obrero de la producción y suspender el pago de la deuda externa, buscando fuentes de importación distintas de Estados Unidos.

La otra, dirigida por el PC y el sector allendista del PS entre otros, proponía restablecer la confianza de la burguesía en el gobierno, bloqueando las expropiaciones y tratando de asegurarle un margen de ganancia al capital, rechazando el control obrero de la producción y, por tanto, reentronizando al mercado; es decir, buscaba relanzar el proceso capitalista de acumulación. El corolario político de esta posición era la invitación a la DC para que entrara en el gobierno, objetivo expreso del PC (ironías de la historia, sería en 2009 cuando por fin se juntaran DC y PC, mediante la entrada de este en la coalición PS-DC, la llamada Concertación, estandarte de la transición a ninguna parte que sucedió a la dictadura, respetando el marco institucional impuesto por ella).

La UP se decanta por la segunda opción, impulsada sobre todo por el PC, plenamente comprometido con la defensa del orden burgués y, por tanto, contrario a todo avance revolucionario; en la línea de los partidos estalinistas en otros momentos históricos, como por ejemplo en la Revolución española de la década de 1930 (Broué y Témmine, 1962; Morrow 1937). Su concreción en la orientación de pactar con las clases dominantes era especialmente reaccionaria en un contexto presidido por un elevadísimo grado de movilización de la clase trabajadora y los sectores populares. Porque además, era inviable y por tanto, conducía a que la clase trabajadora quedara desarmada. En efecto, la burguesía, la oligarquía y el imperialismo nunca podrían haber depositado confianza en el gobierno de la UP, porque pese a todas las contradicciones detrás de él estaban las masas, cada vez más movilizadas, que verificaban cada día la necesidad de seguir avanzando y trataban de poner los medios para lograrlo.

El frenazo a la constitución del APS tenía una gran importancia, porque, como se ha explicado, era la única vía para impulsar el proceso de acumulación, de modo que, eludiendo el boicót, se hiciera posible mejorar las condiciones de vida de las masas. La cuestión de la propiedad es obviamente decisiva y remite de forma directa a la base misma del poder. También ocurre esto con otros aspectos y en especial el de las armas. El gobierno de la UP respalda la Ley de Control

de Armas del 21 de octubre de 1972, al amparo de la cual los militares allanan decenas de industrias y poblaciones. Ante ello, el muy limitado avance de la clase trabajadora en el terreno de su autodefensa se verificará dramáticamente en el momento del golpe.

El carácter revolucionario del proceso

Planteamos al principio una doble consideración acerca de la efectiva existencia de un proceso revolucionario en Chile. La primera ligada a la noción marxista de revolución permanente, que permite entender el proceso chileno más álgido (1972-1973), como parte de un curso más amplio tanto en el espacio como en el tiempo. Ya lo hemos argumentado, considerando su integración en una dinámica mundial que, en América Latina, tiene como referencia fundamental el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Corresponde ahora completar la explicación concentrándola en la propia definición de revolución en el período mencionado. A saber, la plena irrupción en la vida pública de las masas sometidas, con el objetivo de gobernar su destino de forma directa y consciente, avanzando la conformación de órganos de poder propios, al menos embrionariamente, lo que apunta una situación de doble poder. Obviamente no es condición necesaria el triunfo de la revolución para hablar de su existencia, puesto que si no sería imposible hablar de revoluciones derrotadas, no se podría hablar de la alemana de 1918-1919 y 1922-1923 o de la española de la década de 1930.

A lo largo de 1972, ante la continuidad y extensión de la movilización de la clase trabajadora y los sectores populares, se consolidan plenamente dos orientaciones. Por un lado, la de guerra abierta por parte de las clases dominantes, con hechos como el paro patronal de octubre que se añade a todas las prácticas de boicot económico. Una orientación que apunta ya a un escenario de golpe de Estado (efectivamente intentado el 29 de junio de 1973). Por otro lado, la defensa del orden burgués por parte del gobierno de la UP, bajo la

hegemonía del PC y el sector allendista del PS. En este sentido, la resolución del cónclave de Lo Curro el 5 de junio es concluyente y se profundiza con medidas como la conformación de un gabinete cívico-militar del 3 de noviembre de 1972 u otras como las ya mencionadas del freno al APS o la Ley de Armas entre otras.

En efecto, la movilización de las masas no solo no afloja, sino que se relanza. Son innumerables los episodios de huelgas y manifestaciones (algunas tan masivas que llegan a acercarse al millón de participantes, más del 10% de la población total del país). Sin embargo, esto es solo una parte de la enorme implicación de la clase trabajadora en la vida política, actuando en el terreno que le es propio, que no es el de la institucionalidad burguesa. Y actuando así la dinámica del movimiento se dispara. Como explicaba en 2016 Guillermo Orrego, dirigente del Cordón Industrial Vicuña Mackenna en López y Yáñez (2016):

éramos, éramos valiosos, éramos valiosos, en realidad mira los sindicatos, la CUT, los Cordones Industriales demostraron que los trabajadores, si tuviéramos las condiciones digamos de desarrollo, absolutamente que se nos entregara ese poder popular al cual gritábamos al viento, seríamos indestructibles.

La clase actúa como el ser vivo que es guiado por su instinto de supervivencia. Porque la orientación golpista de las clases dominantes y la inacción seria al respecto por parte del gobierno de la UP preparan el terreno para la destrucción de todo, como efectivamente acaba ocurriendo a partir del 11 de septiembre. Y adonde conduce el instinto de supervivencia es a la conformación de formas organizativas que suplan la ausencia efectiva para tal labor de las viejas organizaciones de la clase trabajadora. Porque estas, supeditando las aspiraciones legítimas de las masas al objetivo prioritario de sostener el orden institucional, están traicionando de hecho dichas aspiraciones. Esas formas organizativas van mucho más allá de toda formalidad, poniendo el foco en primera instancia en la supervivencia material, lo que de forma inmediata plantea el problema

de la democracia en toda su profundidad, que es el problema de la propiedad.

Frente a la contemporización del gobierno, la clase trabajadora toma las riendas de un número mayor de empresas, que además van coordinándose entre sí gracias a su control obrero, frente al enfrentamiento competitivo que las conducía bajo su propiedad burguesa. Esta coordinación se constituye con los Cordones Industriales, órganos de frente único que agrupan a trabajadores de distintas organizaciones, sobre una base profundamente democrática asentada en mandatos representativos siempre revocables y que tenderán a centralizar en una coordinadora:

sus líderes eran elegidos en los talleres, no nombrados por el gobierno, y podían cambiarse muy rápidamente si su línea política no gustaba a la base, simplemente por decisión de la asamblea de trabajadores de cualquier fábrica de cambiar su delegado al cordón. Las reuniones del cordón mismo eran completamente abiertas. Cualquiera que lo deseara podía asistir a ellas y hablar, aun cuando sólo los delegados podían votar (Roxborough, O'Brien y Roddick, 1979, pp. 249-250).

Se trata por tanto de embriones de un poder no burgués, de un poder obrero que, como decíamos, apunta hacia una posible situación de doble poder:

si la burguesía no es ya la dueña de la situación en su fábrica, si no es ya enteramente la dueña, de ahí se desprende que tampoco es ya enteramente dueña de su Estado. Esto significa que el régimen de dualidad de poder en las fábricas corresponde al régimen de dualidad de poder en el Estado (Trotsky, 1931).

Su orientación programática lo muestra con claridad. De la reunión de febrero de 1973 que exige la retirada del Plan Prats-Millas, sale la siguiente tabla reivindicativa, que da buena prueba del grado de conciencia de los trabajadores:

1. Lucha para que todas las empresas de productos de primera necesidad, del sector socializado, pasen al control directo de los trabajadores (...);
2. Lucha por la expropiación inmediata de las grandes empresas privadas de distribución;
3. Expropiación de las propiedades agrícolas de más de 40 hectáreas (de regadío), confiscación de la tierra y de su explotación;
4. Constitución de un control obrero de la producción y un control popular de la distribución. Los trabajadores decidirán sobre qué será producido para el pueblo, la reinversión de la ganancia y los locales en los que serán puestos a la venta los alimentos. Para eso, llamamos a la constitución inmediata de comités obreros de vigilancia en todas las empresas del sector privado;
5. Lucha para implantar un comando obrero en todas las empresas del sector socializado;
6. No restitución de ninguna empresa, ni las del sector de la construcción, ni las otras empresas que están bajo el control de los trabajadores. Retirada inmediata del proyecto Millas (...);
7. Poder de sanción de las JAP [Juntas de Abastecimiento y Control de Precios] y de los comandos comunales. Control de lo que se suministra a los comerciantes, castigo a los que no venden, esconden y especulan con los productos. Cierre de sus puntos comerciales y venta directa en los barrios populares. Los obreros de los cordones industriales se movilizarán para hacer efectivo ese poder (...);

Convocamos a los trabajadores a constituir comandos industriales, por medio de los cordones, y comandos comunales, único medio para que la clase obrera disponga de un organismo eficaz de acción, capaz de movilizarla y proponerle nuevas tareas.

Consideramos que controlar los medios de producción y de distribución significa consolidar el proceso, significa crear una nueva economía en manos de la clase obrera, significa caminar hacia adelante. Es

por eso que nos oponemos a todo tipo de concesión a la burguesía (...)
(O Trabalho, sin fecha).

Y no son solo los Cordones Industriales, pese a su máxima relevancia. Son también estas Juntas de Abastecimiento y Control de Precios (JAP), creadas por el gobierno en abril de 1972, como agrupamientos vecinales de trabajadores para velar por un abastecimiento adecuado, que respetara el control de precios frente a la especulación. Pero que rápidamente son apropiadas por la clase trabajadora para doblegar la guerra económica de la burguesía. En particular los Cordones Industriales y las Juntas de Abastecimiento y Precios... de lo que estamos hablando es de órganos de control obrero de la producción y la distribución. Esto es, de embriones de formas estatales no burguesas. También lo son, entre otros, los Comandos Comunales, que eran organizaciones de las poblaciones, levantadas apelando a la construcción de fuerza territorial.

La agudización del conflicto ha llevado a las clases dominantes a decantarse por el golpe que pueda imponer una dictadura militar títere del imperialismo estadounidense. Ante ello y la falta de respuesta consecuente por parte del gobierno que declaraba apostar por el socialismo, la clase levanta en los hechos la bandera del socialismo. Decide ir hasta el final. Es una situación sin vuelta atrás, que se refleja, con sus formas particulares, en el viejo dilema socialismo o fascismo. Como cuando en 1936 la clase obrera española se defiende del golpe fascista por los medios que le son propios, es decir, mediante las expropiaciones, la colectivización... mediante la revolución.

Hay un testimonio que recoge con toda claridad este dilema y, con él, la efectiva existencia de un proceso revolucionario como uno de sus dos polos. Se trata de la Carta que el 5 de septiembre de 1973, seis días antes del golpe final, le dirige a Allende la Coordinadora Provincial de Cordones Industriales (conjuntamente con el Comando Provincial de Abastecimiento Directo y el Frente Único de Trabajadores en conflicto):

ha llegado el momento en que la clase obrera organizada en la Coordinadora Provincial de Cordones Industriales, el Comando Provincial de Abastecimiento Directo y el Frente Único de Trabajadores en conflicto ha considerado de urgencia dirigirse a usted, alarmados por el desencadenamiento de una serie de acontecimientos que creemos nos llevará no sólo a la liquidación del proceso revolucionario chileno, sino, a corto plazo, a un régimen fascista del corte más implacable y criminal (Cordones Industriales, 1973).

Plantean certeramente el carácter revolucionario de la situación:

sabemos que en la historia de las revoluciones siempre han habido momentos para replegarse y momentos para avanzar, pero sabemos, tenemos la certeza absoluta, que en los últimos tres años podríamos haber ganado no sólo batallas parciales, sino la lucha total (...) En octubre (1972) (...) nadie puede negar la tremenda potencialidad revolucionaria demostrada por el proletariado, y le dio una salida que fue una bofetada a la clase obrera, instaurando un Gabinete cívico-militar (...) Lo que faltó en todas estas ocasiones fue decisión, decisión revolucionaria, lo que faltó fue confianza en las masas, lo que faltó fue conocimiento de su organización y fuerza, lo que faltó fue una vanguardia decidida y hegemónica. Y el 4 de septiembre, en el tercer aniversario del Gobierno de los trabajadores, mientras el pueblo, un millón cuatrocientos mil, salíamos a saludarlo, a mostrar nuestra decisión y conciencia revolucionaria" (ibídem).

Y consecuentemente señalan la forma de evitar el dantesco escenario que se avecina:

consideramos no solo que se nos está llevando por el camino que nos conducirá al fascismo en un plazo vertiginoso, sino que se nos ha estado privando de los medios para defendernos. Por lo tanto le exigimos a usted, compañero Presidente, que se ponga a la cabeza de este verdadero Ejército sin armas, pero poderoso en cuanto a conciencia, decisión, que los partidos proletarios pongan de lado sus divergencias y se conviertan en verdadera vanguardia de esta masa organizada, pero sin dirección (ibídem).

Esta Carta tiene un enorme contenido político, no solo por revelar que el golpe era más que previsible, sino también porque contribuye a re-frendar la caracterización del proceso en curso como revolucionario. Pero a su vez deja ver asimismo la limitación de la Coordinadora que pide que se ponga a la cabeza de ese proceso a quien no tiene ninguna voluntad revolucionaria. Es decir, pone de manifiesto la ausencia de un núcleo político revolucionario organizado como tal, que tenga la suficiente fuerza como para impulsar el proceso.

Derrota de la revolución, triunfo del golpe y dictadura

Los acontecimientos se desarrollan vertiginosamente en las últimas semanas. Del lado de las clases dominantes, que nunca han dejado de dominar las instituciones del Estado, de su Estado, el 29 de junio se pone en marcha el Tancazo, un intento de golpe de Estado que fracasa, pero avisa y no las desalienta. El 7 de agosto detienen en Valparaíso a los marineros que se oponen al golphismo y son torturados salvajemente. El 17 de agosto se reprimen las bases campesinas mapuche en Temuco. El 23 de agosto, la Cámara de Diputados aprueba la declaración de que Allende ha quebrantado gravemente la Constitución, apuntando a la intervención de las Fuerzas Armadas. El mismo día que Augusto Pinochet es nombrado comandante en jefe de las Fuerzas Armadas por Allende, en sustitución del general Carlos Prats. El 31 de agosto, el regimiento Tacna de las fuerzas armadas –y por tanto del Estado– asalta la empresa expropiada INDUGAS, preludio de más allanamientos de empresas de los Cordones Industriales. El gobierno duda, contemporiza, busca acuerdos, considera la opción de un plebiscito sobre su propia continuidad. Es la misma orientación que cuando el 24 de julio Allende hacía un llamamiento al consenso que mantenga un “poder popular subordinado a las instituciones”. Es la orquesta del Titanic.

La clase trabajadora sigue actuando en su terreno: extiende las ocupaciones de empresas, amplía los Cordones Industriales, el 29 de

junio reclama el cierre del Congreso, ante su complicidad con el golpe. El 18 de julio se reúne por vez primera la Coordinadora Provincial de los Cordones Industriales, tras el llamado desde INDUGAS solo dos días antes. El 24 de julio se celebra una gran reunión de la Coordinadora de los Cordones en el Teatro Caupolicán. El 4 de septiembre hay una manifestación de apoyo al gobierno de cientos y cientos de miles de personas.

El 11 de madrugada comienza el golpe, que triunfa rápidamente pese a algunos intentos heroicos de resistencia (Leiva y Garcés, 2005). ¿Por qué ha triunfado? La respuesta es inmediata, obvia: el golpe triunfa porque la revolución no se ha impuesto, porque finalmente ha sido derrotada. Igualmente resulta obvio que el golpe triunfa por el apoyo del imperialismo estadounidense, hasta el punto de que su diseño se lleva a cabo en gran medida en la propia embajada estadounidense, tal y como ya se ha referido.

Las comparaciones pueden ser muy fecundas para el análisis social, aunque también son riesgosas si se olvida que solo pueden ser analogías, no identidades: “el marxismo exige de nosotros que tengamos en cuenta con la mayor precisión y comprobemos con toda objetividad la correlación de clases y las peculiaridades concretas de cada momento histórico” (Lenin, 1917, p. 24). Con esta cautela, la experiencia soviética es una buena referencia comparativa. Desde el punto organizativo, las enseñanzas de la Revolución Rusa son principalmente dos, por otra parte compartidas en otras experiencias, comenzando por la propia Comuna de París. Por un lado, la necesidad de órganos de frente único que agrupen al conjunto de los miembros de la clase trabajadora, con independencia de su adscripción partidaria o de que no la tengan, órganos plenamente democráticos, lo que supone la plena libertad de discusión, y sobre la base de ella, la plena unidad de acción, es decir, el centralismo democrático (que es lo contrario al centralismo burocrático). Por otro lado, la necesidad de un partido obrero revolucionario, independiente de todo compromiso con todas y cada una de las instituciones de las clases dominantes.

El triunfo de la Revolución de febrero de 1917 en Rusia no condujo a la destrucción del estado burgués y oligárquico que encarnaba el zarismo, porque en los sóviets la mayoría estaba en manos de los partidos reformistas (mencheviques y eseristas, del Partido Socialista Revolucionario), haciendo posible así la componenda del gobierno provisional. Pero antes de octubre del mismo año ya había cambiado la mayoría en los sóviets. Era bolchevique y esto sí permitió que la insurrección triunfal de octubre estableciera el primer Estado obrero u obrero y campesino de la historia, salvando la breve experiencia de la mencionada Comuna de París entre marzo y mayo de 1871 (Lenin, 1911).

En Chile existían esos órganos de frente único, aunque ciertamente no tenían la misma implantación que en Rusia, donde además la experiencia de los sóviets había tenido el preludio del ensayo general de la revolución de 1905. Pero el problema se concentraba en el otro factor, en la ausencia de un núcleo político revolucionario con la suficiente fuerza para impulsar el partido obrero de masas, carente de todo compromiso institucional, que pudiera poner en el centro el papel decisivo a cumplir por la clase trabajadora, sin menospreciar la importancia de otros sectores; como en la propia Rusia, donde la clase trabajadora integraba a unos 10 millones de personas, frente a los 100 millones de campesinos, pero cuyo peso político le asignaba ese papel central (Arrizabalo, 2018, p. 66).

La posición del PC ya ha sido señalada. Se trataba de una orientación de defensa a ultranza de la institucionalidad burguesa, una apuesta por la “democracia burguesa”, que no era solo muy reaccionaria con el enorme grado de movilización de las masas, sino que además era suicida para la clase trabajadora, por su inviabilidad en un contexto presidido por la ausencia de toda posibilidad de “vuelta atrás” (la lucha de clases es como la pasta dentífrica que, una vez sacada del tubo, resulta imposible volver a meterla sin romper el tubo). Bajo la fórmula del etapismo, un supuesto desarrollo por etapas ineludibles que defiende que el desarrollo capitalista es lo que tocaba entonces, no hay una posición teórica en primera instancia (que

además sería mecanicista, idealista, profundamente antimarxista, negadora de la caracterización teórica del imperialismo de Lenin, del desarrollo desigual y combinado de Trotsky, de la revolución permanente de Marx y Engels). Hay una coartada que se formula como una teoría; coartada para ocultar su orientación contrarrevolucionaria, enmarcada en la línea política de colaboración con el imperialismo, plenamente consolidada en la URSS desde 1945, con los acuerdos de Yalta y Potsdam, aunque ya apuntada antes. La orientación de buscar un pacto con la dirección de la DC, representante de las clases dominantes, significaba atar de pies y manos a la clase trabajadora para luchar por sus intereses.

El caso del PS presenta algunas singularidades, pero su orientación dominante de apuesta por el frente popular lleva al mismo desarme de la clase trabajadora que la del PC. Partido con una fuerte presencia de la orientación socialdemócrata, mantenía, sin embargo, su autodefinición como marxista. Se caracterizaba por contener corrientes con planteamientos muy diferentes, que se expresan con toda claridad en el contexto revolucionario: desde el sector liderado por Allende, completamente subordinado a la orientación del PC de defensa de la institucionalidad burguesa y oligárquica, hasta los sectores cuyos miembros e incluso dirigentes tienen una activa participación en los Cordones Industriales, pero sin romper con la subordinación a la institucionalidad burguesa que imponía la dirección del partido. Y pasando por los que defendían la lucha armada. ¿Podría haber desempeñado un papel análogo, salvando todas las distancias, al del partido bolchevique en Rusia? Este se encontraba vacunado por la experiencia de la bancarrota de la Segunda Internacional en 1914, cuando la mayoría de las direcciones de los partidos obreros, y en primer lugar el alemán, cerraron filas con sus burguesías respectivas, orientando la actuación de las organizaciones creadas por la clase trabajadora no a la defensa de sus intereses, sino a la defensa de los intereses de cada burguesía nacional frente a las demás. Apenas hubo devaneos reformistas en la dirección bolchevique, salvo la posición de la dirección interior en marzo de 1917, liderada por Kaménev

y Stalin, que depositaba ilusiones en el supuesto reformismo del gobierno provisional (lo que es desmontado en Lenin, 1917). Pero la correlación de fuerzas en la dirección del PS estaba lejísimos de un escenario siquiera similar. Incluso algunos sectores que habían participado en el PS, como una parte importante de la dirección y cuadros del MIR, lo habían abandonado, dificultando la perspectiva de que se articulara en el partido una orientación revolucionaria que fuera dominante en el partido.

En última instancia, la orientación de frente popular que inspira la UP ya revela, desde el principio, su alcance inevitablemente limitado. Aunque la presencia de organizaciones burguesas se limitaba prácticamente al Partido Radical, pese a que el PC, como hemos consignado, reclamaba la incorporación de la Democracia Cristiana. Excepto por la mención a los anarquistas, se aplica aquí fielmente la frase de Trotsky respecto al caso español:

políticamente, lo más sorprendente es que el Frente Popular español no tenía paralelogramo de fuerzas: el lugar de la burguesía estaba ocupado por su sombra. Por mediación de los estalinistas, socialistas y anarquistas, la burguesía española ha subordinado al proletariado sin ni siquiera molestarse en participar en el Frente Popular (Trotsky, 1937).

¿Y el MIR? Desde la escisión cupular de julio de 1969 se había acabado de decantar hacia una orientación que no ponía el foco en la lucha de la clase obrera, sino en los pobres del campo y la ciudad: “esto solo será resuelto por un enfrentamiento entre los pobres del campo y la ciudad con los dueños del poder y la riqueza” (MIR, 1970, p. 32) y la lucha armada como un referente clave. Es decir, *de facto* desconsideraba el lugar central de la clase obrera en una perspectiva revolucionaria que hiciera posible la destrucción del Estado burgués y la creación de un Estado obrero, en el momento en que los Cordones Industriales se desarrollaban, expresando el elevado grado de explicitación de la lucha de clases, con elementos inequívocamente revolucionarios ganando terreno en ella. Pero el MIR defendía la

subordinación de los Cordones Industriales a los Comandos Comunales, aunque estas formas organizativas eran muy limitadas para disputar el poder frente a las posibilidades de los Cordones, gracias al papel que puede desempeñar la clase trabajadora, incluyendo también su efecto de arrastre del resto de sectores populares oprimidos. Por ejemplo, es la clase obrera organizada quien ordena esto: “en Indura, ubicada también en el Cordón Cerrillos, los obreros amenazan con despedir a todos los técnicos y profesionales que adhieran al paro patronal. Rápidamente estos se integran a sus labores, impidiéndose así la paralización de la fábrica” (*Chile Hoy*, 20, 27 de octubre de 1972; citado en Mujica, 2013).

Obviamente esto no significa menospreciar la aportación combativa de los trabajadores del campo y de otros sectores oprimidos. Supone tener en cuenta la gravitación económica y política de la clase obrera, que le permite liderar un proceso revolucionario, que sin duda precisa integrar a los demás sectores oprimidos, como se ilustra en la actuación del Cordón Industrial Cerrillos-Maipú:

se acordó por parte de los participantes, redactar un documento conjunto que expresara la necesidad de profundizar la alianza obrero-campesina en la perspectiva del Poder Popular (...) en esta perspectiva se explica la necesidad de no devolver ninguna industria, ampliar el área social, crear nuevos canales de distribución popular y profundizar la reforma agraria y el control del campesinado en las decisiones del agro (*La Aurora de Chile*, 1973, citado en Castillo, 2010).

Prueba de su lugar muy limitado en la clase trabajadora es que la candidatura promovida por el MIR en las elecciones de la CUT del 30 y 31 de mayo de 1972, el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) obtiene solamente el 1,8% de los votos, frente al 31,8% de la candidatura del PC; el 27,1% del PS y el 27,0% de la DC; incluso el MAPU (4,7%) y el Partido Radical (4,0%) más que duplican el apoyo que recibe el MIR (Vidales, 1974; Furci, 1984).

Es decir, el MIR no podría haber desempeñado, por tanto, un papel análogo al del partido bolchevique en la Revolución Rusa, porque

su orientación no era la que adoptó este desde abril de 1917, que no solo impugnaba la política de ilusiones reformistas, sino que plantea cómo organizar a la clase obrera en torno a la defensa incondicional de sus reivindicaciones:

explicar a las masas que los soviets de diputados obreros son la única forma posible de gobierno revolucionario y que, por ello, mientras este gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión sólo puede consistir en explicar los errores de su táctica de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas (Lenin, 1916).

Lo que estaba en juego era la ruptura con el Estado burgués, que no puede realizarse de una forma genérica, difusa, sino a partir del único sujeto que podía dirigir ese proceso, la clase obrera organizada de forma independiente y en alianza con otras clases también dominadas. Pero esta no era la orientación del MIR, no tanto por algunas ambigüedades respecto al gobierno y el propio Estado chileno, sino sobre todo por su desconsideración del lugar central de la clase obrera. En definitiva, en Chile no existía un partido revolucionario, ni siquiera en curso, comparable al partido bolchevique en Rusia en 1917, que pudiera desempeñar el papel decisivo para el triunfo de la revolución que había jugado aquel en los órganos de frente único que eran los sóviets (Arrizabalo, 2018, pp. 64-85).

Por el contrario, lo que sí hay en Chile son organizaciones poderosas cuya actuación contra la revolución va a ser un obstáculo importante, como se expresa con claridad en la ya citada carta de los Cordones Industriales. Las direcciones de estas organizaciones tienen una enorme responsabilidad histórica en lo que aconteció a continuación. Frente a lo que podría haber acontecido, ligado a las enormes posibilidades de la planificación democrática de la producción y la distribución, en la perspectiva de la socialización general de los medios de producción. En la estela de lo que Marx explicaba ya hace más de 150 años:

con hechos, y no con argumentos, vienen a demostrar que la producción en gran escala y puesta en consonancia con los progresos de la ciencia moderna puede organizarse sin necesidad de que exista una clase de patronos que emplee a una clase de “brazos”; que, para dar frutos, los medios de trabajo no necesitan ser monopolizados como medio de dominación sobre y de explotación contra el trabajador mismo, y que el trabajo asalariado, como en su día el trabajo del esclavo y el trabajo del siervo, es solamente una forma social transitoria y subordinada, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado, que cumple su función con el brazo vigoroso, el espíritu ágil y el corazón contento (Marx, 1864).

18 de octubre de 2019: ¿de nuevo se abre un proceso revolucionario?

La secuencia cronológica golpe de Estado → dictadura → “neoliberalismo” no explica la causalidad entre estos planos. Conviene precisar que se entrecomilla “neoliberalismo” para marcar distancias con la peligrosa fetichización de este término que, identificado como capitalismo salvaje, abre la ficticia ilusión de que podría haber otro capitalismo, civilizado, con rostro humano e incluso progresista (Arrizabalo, 2014, pp. 371-388). La secuencia mencionada no explica la causalidad porque no es que primero se diera el golpe de Estado, del que emanó la dictadura como podría haber surgido cualquier otro régimen. Y tampoco es que la dictadura impusiera la brutal política económica como si hubiera podido aplicar otra. La secuencia explicativa es, más bien al contrario: la política que necesita el capital financiero es tan destructiva que para imponerla se requiere una dictadura, que se instaura a través del golpe de Estado. La formación de cuadros chilenos en la Universidad de Chicago desde 1955 ya denota la intencionalidad de poner en marcha una auténtica contrarrevolución, cuya necesidad para las clases dominantes se dispara ante el desarrollo del proceso revolucionario que se ha explicado en los apartados anteriores.

El contenido de la política de la dictadura es conocido: se trata de utilizar el terror para eliminar todas las conquistas obreras y democráticas arrancadas a lo largo de decenios de lucha, de cara a disminuir el grado de explotación laboral y facilitar el pleno saqueo de los recursos naturales. Su resultado es demoledor en términos económicos y sociales, desvelando que toda la retórica de un supuesto milagro económico chileno es simple propaganda (Arrizabalo, 2020).

La aceptación del marco institucional diseñado por la dictadura, en torno a la mal llamada Constitución de 1980 (en realidad una suerte de Carta otorgada) por parte de las direcciones de las principales organizaciones que decían representar los intereses de la mayoría tiene una consecuencia asimismo demoledora: el mantenimiento de toda la obra destructiva de la dictadura no derrotada (de forma análoga a los casos brasileño y español). Esto se aprecia en la supervivencia de entramados tan dañinos como la liquidación de la seguridad social y la consecuente imposición de un sistema de ahorro forzoso para las pensiones (capitalización individual y gestión privada), es decir, que el salario devengado durante la vida activa pero reservado para el período final de jubilación pase entre medias por la forma de capital, cuyo resultado es la ausencia de salario de vejez (pues la pensión solo alcanza, en promedio, el 33% del último salario para los trabajadores y el 25% para las trabajadoras). Incluso simbólicamente –y más que simbólicamente– el perfil de los dirigentes que conducen la inacabable transición ilustra bien su continuidad con la dictadura: por un lado, la figura del siniestro Patricio Aylwin, dirigente de la DC procedente de la Falange, activo defensor del golpe en 1973 y después, partidario hasta el final de la impunidad para quienes cometieron crímenes de lesa humanidad. Por otro lado, los gestores de la política económica que fueron formados en universidades estadounidenses casi sin excepción (una es Carlos Ominami, que estudió en Francia, donde se reorientó políticamente para convertirse en “hombre de Estado”, de este Estado).

Aunque la expresión “Chile despertó” no defina estrictamente la realidad, pues nunca estuvo dormido, no seremos nosotros quienes

cuestionemos la formulación acuñada por el pueblo chileno que combate por sus derechos. En todo caso, lo importante es la caracterización del enorme movimiento que estalla el 18 de octubre de 2019, conectado con antecedentes tan importantes como las movilizaciones estudiantiles de 2006 y 2011 entre otras. O las promovidas por la Coordinadora No+AFP, que en 2017 sacó a las calles de todo el país a más de dos millones de personas, más del 10% de la población total de 18,4 millones.

A pesar de todas las dificultades, de la criminal represión que revela el parentesco directo del régimen actual con la dictadura, de las restricciones que provoca la pandemia... a pesar de todo un año después la movilización se mantiene, rechazando todas las viejas direcciones políticas que son cómplices del régimen y constituyendo órganos de frente único, como los cabildos. Cierto que no existe el partido revolucionario que pueda ayudar a decantar efectivamente la balanza del lado del triunfo revolucionario. La revolución no se puede comprender en un plano estrictamente nacional y el año 2019 ha conocido la explosión revolucionaria en Argelia y multitud de estallidos sociales. Y puesto que la revolución es la irrupción de las masas en la vida pública, para tomar las riendas de su vida de forma directa, entonces, ¿alguien puede seriamente negar que tiene todo el sentido la discusión en torno a si en Chile nuevamente está en curso un proceso revolucionario o que puede llegar a serlo? Y, por tanto, la necesidad de constituir un núcleo revolucionario que pueda impulsar la representación política de las masas oprimidas para abrir la posibilidad del triunfo de la revolución.

La situación actual a escala mundial es de la máxima gravedad. La pandemia del coronavirus no es la causante de la crisis, sino al revés, es la expresión de la “crisis crónica” del capitalismo y las políticas que la acompañan, por más que efectivamente la pandemia haga aflorar y dispare esta crisis latente. Las exigencias de la rentabilidad se revelan cada día más incompatibles no con que las condiciones de vida de la mayoría mejoren en paralelo a los avances científicos y técnicos, sino simplemente con preservar las condiciones conquistadas

por decenios de lucha. El capitalismo no es reformable y por eso la explosividad social no deja de acrecentarse. Para que la explosividad abra una salida verdaderamente digna de este nombre, la clase trabajadora, a diferencia de las clases dominantes, no tiene nada que perder con el conocimiento y aprendizaje de las enseñanzas de su mejor historia. En particular, de la heroica experiencia que culminó en Chile entre los años 1970 y 1973, a cuyos protagonistas de base rendimos homenaje.

Referencias

Allende, S. (1971). *La vía chilena hacia el socialismo*. Madrid: Fundamentos.

Arrizabalo, X. (2020). *Milagro o quimera: la economía chilena durante la dictadura*. Segunda edición. Madrid: IME.

Arrizabalo, X. (2018). *Enseñanzas de la Revolución rusa (Interpretación marxista de la experiencia soviética a través de sus textos)*. Madrid: IME.

Arrizabalo, X. (2014). *Capitalismo y economía mundial*. Madrid: IME-ARCIS-UdeC.

Banco Central de Chile. (1989). *Indicadores Económicos y Sociales 1960-1988*, Santiago.

Broué, P. y E. Témime. (1962). *La Revolución y la Guerra de España*. México DF: Biblioteca Actual.

Castillo, S. (2010). Sociabilidad y organización política popular: Cordón Industrial Cerrillos-Maipú (Santiago, 1972). *Cuadernos de Historia*, 32. Santiago: Universidad de Chile.

Church, F. (1975). Acción encubierta en Chile, 1963-1973. <http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/encubierta.html>

Colectivo Tarea Urgente. (2016). *Cordones Industriales*. Documental de A. López y V. Yáñez. https://www.youtube.com/watch?v=2_AA7-__I8I.

Coordinador Provincial de Cordones Industriales. (1973). Carta al Presidente Allende. www.archivomuseodelamemoria.cl/uploads/2/7/2/7/277179/000001.pdf.

Cordones Industriales. (1973). www.archivomuseodelamemoria.cl/uploads/2/7/2/7/277179/000001.pdf

Engels, F. (1895). Prólogo, en K. Marx. *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/francia/francia1.htm.

Furci, C. (1984). *El Partido Comunista de Chile y la Vía al Socialismo*. Santiago: Ariadna Ediciones. <https://books.openedition.org/ariadnaediciones/488#tocto1n2>.

Kornbluh, P. (2008, 10 de septiembre). Desclasifican nuevas conversaciones entre Nixon y Kissinger para derrocar a Allende. <https://www.ciperchile.cl/2008/09/10/desclasifican-nuevas-conversaciones-entre-nixon-y-kissinger-para-derrocar-a-allende/>.

Kornbluh, P. (s/f). Chile and the United States: Declassified Documents Relating to the Military Coup, September 11, 1973. *National Security Archive Electronic Briefing*. Book No. 8. <https://nsarchive2.gwu.edu//NSAE-BB/NSAEBB8/nsaebb8i.htm>

Marini, R. M. (1976). El reformismo y la contrarrevolución: estudios sobre Chile. *Serie Popular ERA*, 37, México.

La Aurora de Chile. (1973). Consejos Campesinos y cordones industriales. *Poder Obrero-Campesino*, 19, Santiago.

La Botz, D. (2017). The Communist International, the Soviet Union, and their impact on the Latin America Workers' Movement. *Tensões Mundiais/World Tensions*, 13 (24), Universidade Estadual de Ceará, Fortaleza.

Leiva, S. y M. Garcés. (2005). *El Golpe en la Legua: los caminos de la historia y de la memoria*. Santiago de Chile: Lom.

Lenin, V. I. (2009) [1917]. *Las tesis de abril*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Marx, K. (1864). Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, en K. Marx y F. Engels. (1988). *La Internacional*. México: FCE.

Marx, K. y F. Engels. (1978). *La Sagrada Familia o crítica de la crítica crítica (Contra Bruno Bauer y compañía)*. Colección Obras de Marx y Engels, vol. 6). Barcelona: Crítica-Grijalbo.

Marx, K. y F. Engels. (1988). *Manifiesto del partido comunista*. México DF: FCE.

MIR. (1970). Declaración pública: el MIR a los obreros, campesinos, pobladores, estudiantes y soldados en MIR. (1968-1970). Con todas las fuerzas de la historia, Documentos del MIR 1968-1970, Ediciones Segunda Independencia. http://www.partidodelostrabajadores.cl/wp-content/uploads/2010/06/MIR_documentos.pdf.

Morrow, F. (1976). *Revolución y contrarrevolución en España*. Bogotá: América Continental.

Mujica, D. (2013). Cordones industriales. Cronología comentada. *Folletos de la Biblioteca de Historia Obrera*. Santiago: Ediciones Museo Obrero Luis Emilio Recabarren.

Trabalho. (sf). "A tragédia da 'Unidade Popular' no Chile". *Mimeo*.

PET. Indicadores económicos y sociales. Series anuales. 1960-1989, Serie de Indicadores Económico-Sociales, Santiago, julio 1990.

Roxborough, I., P. O'Brien y J. Roddick. (1979). *Chile: el Estado y la revolución*. México DF: Editorial El Manual Moderno.

Trotsky, L. (1931). El control obrero de la producción. www.marxists.org/espanol/trotsky/1930s/08_31.htm.

Trotsky, L. (1937). Lección de España: última advertencia, en *La Revolución española (1930-1939)*. www.posicuarta.org/pdf/LecEspLT.pdf.

Unidad Popular. (1969). *Programa básico de la Unidad Popular*. <https://www.marxists.org/espanol/allende/1969/diciembre17.htm>

Valenzuela, H. (2008). *Historia del movimiento obrero chileno*. Santiago: Quimantú.

Vidales, C. (1974). *Contrarrevolución y dictadura en Chile*. Bogotá: Ediciones Tierra Americana.

Vitale, L. (s/f). *Interpretación marxista de la historia de Chile*, 3 tomos. Santiago: Lom.

Vuskovic, P. et al. (1975). *El golpe de Estado en Chile*. México: FCE-UNAM.